

# Política y economía

## Cambio de época y realineamiento partidario en Argentina y Brasil

POR AMÍLCAR SALAS OROÑO

Licenciado en Ciencia Política (UBA), magíster en Ciencia Política (USP-Brasil) y doctor en Ciencias Sociales (UBA). Es docente de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA) y actualmente es becario posdoctoral del CONICET en el Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe. Sus trabajos de investigación se han orientado hacia cuestiones vinculadas con América Latina, en lo que respecta a partidos políticos e ideas políticas. Acaba de publicar *Ideología y Democracia: intelectuales, partidos políticos y representación partidaria en Argentina y Brasil desde 1980 al 2003* (Pueblo Heredero, 2012).

Transcurrida casi una década desde que se fue afirmando un “nuevo giro político” (Ramírez Gallegos, 2006) en América Latina, algunos aspectos vinculados con la estructuración de las disputas político-partidarias obligan a revisar los registros habituales con los que se han interpretado las singularidades de estos procesos democráticos. Si bien hay un mapa medianamente nítido de los cambios y las transformaciones, la naturaleza de los impactos será siempre diferente según la morfología y las tensiones sobre las cuales se asientan. Un aspecto no del todo destacado es la forma concreta en que se dan los *realignamientos partidarios*, esto es, las (nuevas) “fronteras políticas” (y su mecánica derivada) entre quienes, a fin de cuentas, resultan ser actores claves del proceso: las coaliciones y los partidos políticos. Se trata de una cuestión tanto analítica como políticamente importante, sobre todo para poder observar y entender cómo los sistemas políticos absorben, rechazan o internalizan los diversos problemas que van apareciendo. Por las características de sus matrices socio-históricas, un detalle de mediano plazo y comparativo entre los sistemas político-partidarios de la Argentina y Brasil quizás permita registrar algunas singularidades prototípicas de este *cambio de época*, diagnósticos parciales que nos brinden una actualización más precisa sobre los elementos comunes que presenta la región.

### SISTEMAS POLÍTICOS EN SENTIDOS INVERSOS

De forma general, y tomando como referencias los períodos que van desde las “transiciones democráticas” a las elecciones que consagran a Kirchner y a Lula, puede afirmarse que los sistemas políticos de la Argentina y Brasil se desarrollaron, en ese segmento temporal, siguiendo

*tendencias* paradigmáticas (en relación a los restantes países latinoamericanos) y en direcciones contrarias: en la Argentina, en los momentos inmediatos a 1983, la capacidad de *la política* para articular los lenguajes circulantes (y las “agendas de debate”) y la *representatividad* de la representación, hizo extensiva la percepción de que, en términos generales, los partidos políticos estaban en el centro de la escena en tanto de organizadores prioritarios de la competencia política; dos décadas después, la situación era la opuesta: no sólo por lo que puede desprenderse de la secuencia que va desde la elección legislativa de octubre de 2001 al “que se vayan todos” de finales de ese año, sino también por el grado de fragmentación partidaria (histórico para los parámetros nacionales) de la elección presidencial de 2003.

El ciclo presenta una trayectoria inequívoca: de “organizadores legítimos” a una valoración social marcadamente negativa. En Brasil, por el contrario, la trayectoria de la representación partidaria es inversa: tal como lo señala la bibliografía especializada, el caracterizado “multipartidismo caótico” y “el subdesarrollo partidario” de los años ‘80 fue dando lugar, no sin cambios institucionales y a partir de la influencia ejercida por el Partido dos Trabalhadores sobre el sistema (Salas Oroño, 2012), a una “estabilización de las opciones electorales” y a una “simplificación de la representación” hacia el 2002 alrededor de dos espacios político-ideológicos.

En este sentido, es importante advertir que tanto el *kirchnerismo* como el *lulismo* (como referencia política que abarca también al gobierno de Dilma Rousseff) van a desplegarse sobre terrenos bien diferentes, sobre herencias particulares en términos de estructura de las competencias político-partidarias. Aquellas matrices



continuaron actuando sobre los procesos políticos subsiguientes, sobre los *realignamientos partidarios* que vinieron con posterioridad, influenciando el comportamiento de los actores y, asimismo, pautando las dimensiones de los problemas que, eventualmente, fueron apareciendo.

### KIRCHNERISMO Y LULISMO

Las elecciones legislativas de 2005 permitieron al *kirchnerismo* forzar *para sí* la ubicación del principal partido del sistema político argentino: el Partido Justicialista. Aquella coyuntura no debe ser minimizada; a partir de ese momento, esta definición será un factor clave tanto en la articulación política gubernamental como en la "frontera política" trazada por el propio *kirchnerismo*. Si bien es cierto que una amplia "Concertación" en las presidenciales de 2007, con sectores no peronistas, tenía la intención de extender el límite de la política de alianzas con el objetivo de ampliar aún más la base de sustentación, ya la dinámica política argentina mostraba un signo característico, y ciertamente imprevisto, si nos retrotraemos a las atmósferas ciudadanas del bienio 2001-2002: la densidad (performativa) del liderazgo presidencial (Cheresky, 2009). Serán Néstor Kirchner y luego Cristina Fernández de Kirchner quienes pasan a recuperar no sólo para la investidura sus mancillados parámetros de autoridad, sino que, además, se convierten en representantes cuya legitimidad y valoración se distancian expresivamente de los otros niveles de la representación (municipales, provinciales o parlamentarias), situación que será cada vez más evidente. En el transcurso, quizás el momento clave del *kirchnerismo* como proceso histórico: el "conflicto con el campo". En esa coyuntura, al margen de la derrota legislativa, se termina por confeccionar la "estructura narrativa" del *kirchnerismo* ("gobierno o

campo"/"pueblo o corporaciones"/"ellos o nosotros"), cuestión que sobreimprime e intensifica el contenido del *realignamiento partidario* que se venía estableciendo. El "conflicto con el campo" confirma, además, la instalación de una *temporalidad política* vertiginosa, instituyente, consolidando, por un lado, la consistencia del "bloque social" que acompaña al *kirchnerismo* y, por el otro, dejando al resto del espectro político atomizado, sin capacidades de influenciar los términos de las disputas.

Los resultados de las elecciones presidenciales de 2011 corroboran esta trayectoria: la ventaja obtenida por el Frente para la Victoria y, sobre todo, la distancia que logra establecer Fernández de Kirchner respecto de sus competidores termina por clarificar la *nueva organización de la competencia político-partidaria*: ya no se trata de un sistema político fragmentado y deslegitimado, como el que se compone hacia el 2003, sino que hay una "frontera política" clara, propiciada por el *kirchnerismo*, que simplifica las opciones de la representación partidaria en dos polos: un sector socialmente extenso y políticamente sólido, con mayorías parlamentarias y de gobernadores, y otro, disperso en varias fuerzas, cuyo casi único principio de unidad es el respaldo mediático de los tradicionales vehículos de comunicación. Sin embargo, esta circunstancia del sistema deja en suspenso la internalización de algunos elementos de la dialéctica social que, como se verá, pueden impactar sobre la estabilidad del cuadro general.

Aquella *tendencia* de "consolidación de la competencia" entre los actores partidarios brasileños hacia el 2002 también debe ser observada en función de una particularidad de su juego político: el "presidencialismo de coalición" (Limongi y Figueiredo, 1998). La necesidad de articular alianzas parlamentarias, en Brasil, ▶

► fuerza a que la composición de la coalición presidencial tenga que contemplar un reaseguro de gobernabilidad, siendo que las elecciones a Presidente y legisladores nacionales coinciden; por como terminó la experiencia de Fernando Collor de Mello, de allí en adelante, los partidos nucleares de los dos polos competitivos (PSDB y PT) entendieron la lección. Este fue el camino seguido, también, por el Partido dos Trabalhadores una vez que accede al gobierno (un poco a contramano de su propia historia política, varias veces reactiva frente al “realismo” del sistema, como su negativa a firmar la Constitución del ‘88 o a integrar el gobierno provisional de Itamar Franco): de una coalición presidencial, en 2002, compuesta por cinco partidos (PT/PL/PCdB/PMN/PCB) pasa a liderar un amplio frente electoral de diez partidos en 2010, con la incorporación de fuerzas políticas gravitantes en las esferas estaduais y municipales, como el PMDB, PDT, PSB y PRB. Pero es precisamente esta ampliación (de su coalición política) la que le permitió (y permite) al PT tener los reaseguros necesarios para no quedar a merced de las eventuales *presiones destituyentes* de los sectores siempre dispuestos a hacerlas (inducidas, sobre todo, mediáticamente, como ocurrió en 2005 a propósito de esquema del “mensalão”).

A su vez, hay que tener en cuenta que esta construcción fue posible por un fenómeno identitario más abarcativo, enraizado en la cultura política brasileña. El crecimiento económico general y la incorporación de diferentes regiones al circuito de valorización y de inclusión social se desarrolló en composición con un cambio sustantivo tanto en las identificaciones sociales como en las políticas. El *lulismo* (Singer, 2012), esto es, el vínculo entre segmentos populares que se constituyen por

primera vez en partícipes de las dinámicas económicas y Lula (como autoridad presidencial, por lo tanto, también proyectable a Dilma Rousseff) modificó el contenido y los formatos de lo que se entiende por “agenda pública”. La construcción de este canal de representación permitió instalar otro *ritmo* de ejecución a las transformaciones, no circunscribiéndolas a la inercia tradicional de las instituciones habituales. Le otorga al proceso histórico su sentido orgánico, en un país marcado por la extensión de sus diferencias y la variedad de los factores intervinientes en su regulación. El *lulismo*, por lo tanto, como una pieza *necesaria*; la retaguardia social del cambio, ese factor que vino a complementar los beneficios de la “estabilidad partidaria” heredada del ciclo previo (un requisito de *forma*, no una garantía automática de un mejor *contenido* para los asuntos públicos).

## CAMBIO DE ÉPOCA Y REALINEAMIENTOS PARTIDARIOS

Tal como lo fueron para el período anterior al “nuevo giro político”, los sistemas políticos de la Argentina y Brasil vuelven hoy a mostrarse prototípicos en relación con los otros países latinoamericanos. Respecto de cómo procesar un elemento distintivo de esta etapa, una circunstancia indirectamente inducida por los cambios socio-económicos producidos: la aparición *ex-post* de una amorfa “ideología del mercado”. El *cambio de época* que viven nuestros países latinoamericanos debe comprenderse, prioritariamente, como consecuencia de la centralidad que volvió a ocupar el Estado en la regulación de la vida social. Su inducción permitió enormes avances de diversa índole (normativos, de clase, culturales, identitarios, etcétera) y un efecto más general: permitió revertir los imaginarios sociales del neoliberalismo, recuperar las autoestimas nacionales, la figura del ciudadano, reabrir las expectativas y percepciones del progreso. Pero tan importante como esto resulta el hecho de que estas transformaciones se dieron en paralelo con otra forma de integración: mediante la extensión del mercado como socializador, a través del consumo. Más Estado y más mercado, combinados entre sí.

El problema son las derivaciones que esta socialización a través del consumo trae para el ámbito de la política. Aquello que se puede verificar, sobre todo, en algunos centros urbanos medianos y grandes: la aparición de un (nuevo) clivaje cultural, una proposición ideológica contrapuesta a la que se desprende de la “frontera política” promovida por los gobiernos, esa que reintroduce al *conflicto* como posibilidad de disputa de los intereses. Esta otra ideología, que no es exactamente conservadora sino contemporánea a su tiempo, en tanto es elaborada al interior de esta misma etapa, propugna una “armonía” y un “equilibrio” societal, descansa sobre la importancia del *privatismo* para las relaciones sociales, poniendo como eje discursivo la subsunción de la figura del ciudadano en la del consumidor. Si bien aún no

**EL LULISMO HA SIDO EXITOSO  
COMO CONSTRUCTOR DE AMPLIAS  
MAYORÍAS. COMO FENÓMENO  
DE IDENTIFICACIÓN HA LOGRADO  
ESTABLECER UN TIPO  
DE COMUNICACIÓN VERTICAL CON  
LA SOCIEDAD CIVIL.**

tiene una extensión orgánica en ningún país (aunque en cada uno de ellos haya fuerzas políticas de este tipo), la cuestión es ver cómo los *relineamientos partidarios* del "nuevo giro político" pueden procesar este fenómeno, por así decirlo, *no deseado*.

Si en Argentina (para el *kirchnerismo*) los desafíos sobre este aspecto mayormente se plantean desde un punto de vista *vertical*, en Brasil, el *lulismo* tiene el mismo problema pero desde un punto de vista *horizontal* (mientras que en el resto de los países se darían diagnósticos más oblicuos, mezcla de ambos planos). El *relineamiento partidario* producido por el *kirchnerismo* ha sido efectivo; de hecho, como fuerza político-social ocupa la mayoría de la escena, logra articular la "agenda pública", la temporalidad democrática. No tiene, en ese sentido, una polémica *horizontal* con otras fórmulas representativas. Si bien es cierto que, en algunos distritos, se han instalado expresiones electorales de esa "ideología del mercado" (como el PRO), por el momento ese clivaje no ha constituido un sujeto partidario (o varios) que pueda reestructurar el diseño de la competencia a escala nacional. Su gravitación está, más bien, latente, y se expresa, cuando lo hace, bajo otras actuaciones y ropajes, con la gramática que le brindan los medios de comunicación hegemónicos: convocatorias a espacios públicos o "cacerolazos" (de diferente naturaleza, si se acepta el argumento expuesto, a los del 2001), acciones que, según la intensidad de las operatorias, pueden llegar a afectar la estabilidad del sistema político, o generarle un *impasse*. De allí que, para el caso, el *kirchnerismo* tendrá que desplegarse hacia un tipo de diálogo *vertical* con la sociedad civil para poder desactivar o, mejor dicho, reinterpretar, pero desde su punto de vista político, lo que la socialización a través del consumo plantea como principio de subjetivación de la realidad, y antes de que se convierta en un potencial articulador partidario.

El *lulismo* ha sido exitoso como constructor de amplias mayorías. Como fenómeno de identificación ha logrado establecer un tipo de comunicación *vertical* con la sociedad civil que, tras el significativo Estado (sea Lula o Dilma Rousseff), y en base a un contundente reacomodamiento (ascendente) de la estructura de clase, ha modificado de manera *intensa* las percepciones colectivas de lo que puede significar la movilidad social, algo que no ocurría desde los tiempos de Vargas. Los dilemas pasan a focalizarse en una dimensión *horizontal* del *relineamiento partidario*: no por la fuerza política que pueda desplegar el polo opositor (dirigido intelectual-

mente por el PSDB), que ve progresivamente reducida su capacidad de intervención, sino por la actuación de aliados de la propia coalición. Partidos políticos como el PMDB o el PRB que, sin salirse de los efectos beneficiosos de mantenerse al interior del *lulismo*, captan electoralmente *para sí* el desarrollo e implantación de la "ideología del mercado", reforzándola, como queda claro a partir de las disputas municipales de 2012. No es una situación secundaria o menor, más que nada porque distorsiona la *correlación de fuerzas internas* de la coalición gobernante y desdibuja parcialmente los contenidos programáticos de la "frontera política" impuesta desde el 2002. Se trata de un problema (político) *horizontal*, para el PT, y comparativamente un paso más avanzado (del mismo problema) respecto del caso argentino, precisamente porque al inicio de ambos ciclos los puntos de partida no eran simétricos.

## DILEMAS DEMOCRÁTICOS LATINOAMERICANOS

Los sistemas políticos son cambiantes, al compás del *movimiento* de sus sociedades. Tienen, al mismo tiempo, "sedimentaciones históricas" que hacen que una vez revertidas o continuadas ciertas *tendencias*, o como derivación de las mismas, otras problemáticas aparecen sobre la escena. En ese sentido, los *relineamientos partidarios* producidos desde hace casi una década en la Argentina y Brasil están también sujetos a transformaciones y mutaciones. Un dilema compartido por los gobiernos del "nuevo giro político" es el de procesar conceptual y discursivamente los efectos *no deseados* del "cambio de época" y poder, eventualmente, resignificarlos, reinterpretarlos, darles otro *sentido* antes de que se vertebrén culturalmente de manera más extendida. La articulación siempre dinámica entre *política* y *economía*, y viceversa. Una tarea pendiente que tiene en los casos argentino y brasileño dos planos diferentes (y paradigmáticos) de desarrollo. Quizás de sus análisis particulares pueda extraerse una inferencia más universal (para la región); en todo caso, se trata de un aspecto central, contemporáneo, en relación a la consolidación de las democracias latinoamericanas. •

### Bibliografía

- Cheresky, Isidoro. 2009. *Poder presidencial, opinión pública y exclusión social*. Buenos Aires, CLACSO.
- Limongi, Fernando y Figueiredo, Argelina. 1998. "Bases institucionais do presidencialismo de coalizão". *Lua Nova*, Nº 44, São Paulo.
- Ramírez Gallegos, Franklin. 2006. "Mucho más que dos izquierdas". *Nueva Sociedad*, Nº 205, Caracas.
- Safatle, Vladimir. 2012. "O filho bastardo", en *Folha de São Paulo*. 04-09-12.
- Salas Oroño, Amílcar. 2011. "Estado, mercado y kirchnerismo" *Página/12*. 18-08-11.
- Salas Oroño, Amílcar. 2012. *Ideología y Democracia: intelectuales, partidos políticos y representación partidaria en Argentina y Brasil desde 1980 al 2003*. Buenos Aires, Pueblo Heredero/Secretaría de Cultura de la Nación.
- Singer, André. 2012. *Os sentidos do lulismo*. São Paulo, Companhia das Letras.